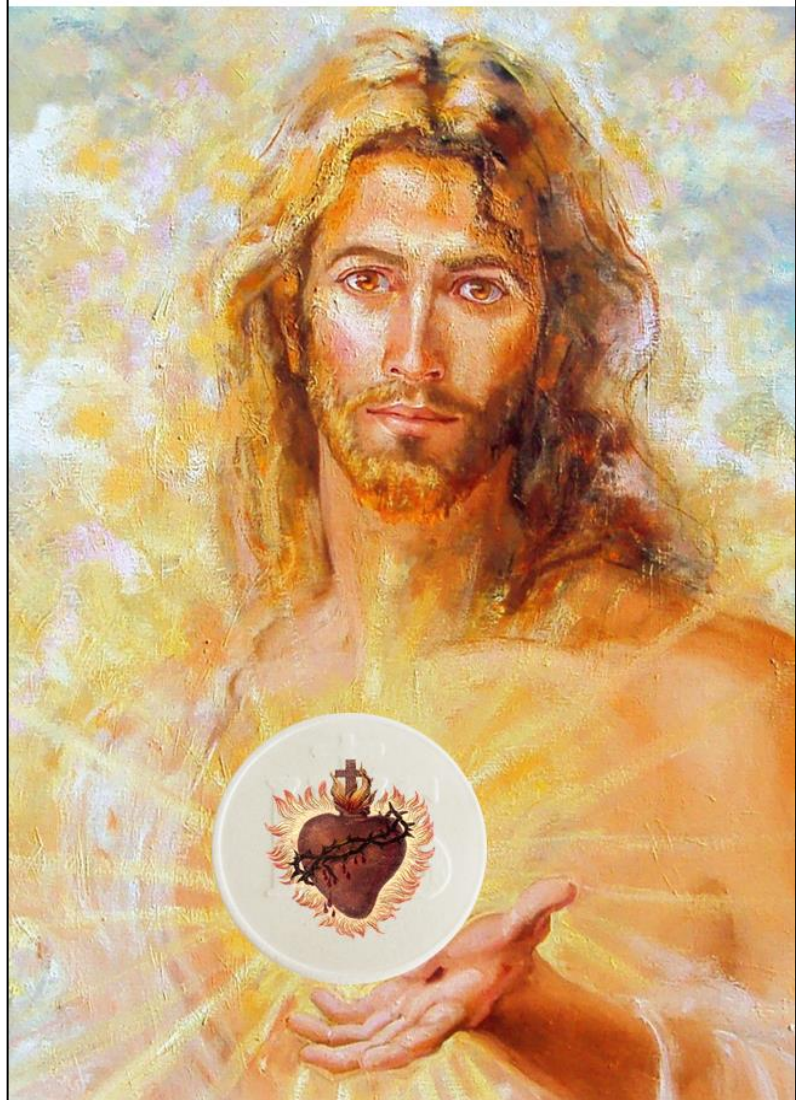


LA EUCARISTÍA ABLANDA EL CORAZÓN



LA EUCARISTÍA ABLANDA EL CORAZÓN

**UN CAMBIO DE VIDA TERRENAL A LA VIDA CELESTIAL,
PARA VIVIR ETERNAMENTE CON DIOS**

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web: (El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

<https://www.facebook.com/eresbautizado>

Primera Edición

JUNIO 2017

5,000 Ejemplares

LA EUCARISTÍA ABLANDA EL CORAZÓN



Dios nos da su corazón y su amor, para que amemos a nuestra familia, padres, pareja, hijos y al prójimo, y así vivir la vida eterna juntos en la gloria de

nuestro PAPIITO IINDO Dios, Jesucristo, la Virgen Maria, los Angeles, los santos y todos nuestros seres queridos que se adelantaron al encuentro con Dios.

Para entender la importancia y la trascendencia, para la vida de la Iglesia, de la Eucaristía como “Corazón de la Iglesia”, antes de entrar propiamente en el tema, podemos hacer la comparación de lo que sucede en el hombre, con su propio corazón. En el hombre, el corazón cumple una doble función: Desde el punto de vista biológico y desde el punto de vista espiritual y afectivo. Entonces podemos decir, haciendo una analogía con las funciones biológicas que, desde el punto de vista emocional, afectivo y espiritual, el corazón es el símbolo de la vida y del amor: Así como biológicamente el corazón es sinónimo de vida y también de amor, porque los afectos se reflejan en él, también podemos afirmar lo mismo, desde el punto de vista espiritual y afectivo, lo cual se refleja en expresiones cotidianas, como “hombre sin corazón” o, en el sentido opuesto, “hombre de gran corazón”. En otras palabras: así como es, desde el punto de vista biológico, el órgano que da

vida y refleja el bienestar del cuerpo del hombre, así también podemos decir que para el hombre el corazón es, espiritual y afectivamente y de modo simbólico, el centro de su vida espiritual y el origen del amor: así, decimos que un hombre “no tiene corazón” cuando ese hombre obra de forma contraria a la vida, cuando sus obras son faltas de caridad, de compasión, de misericordia; decimos que ese hombre “no tiene corazón”, porque espiritual y afectivamente no tiene aquello que brota del corazón, el amor y la vida. Un hombre “sin corazón”, espiritual y afectivamente hablando, es un hombre despiadado, inmisericorde, que obra acciones de muerte y no de vida y amor, que no posee el efluvio de vida y amor que brota de su centro espiritual vital.

Es a esto a lo que se refiere Jesús cuando dice que “es del corazón del hombre de donde salen toda clase de obras malas” y que “es lo que lo hace impuro.” Una expresión equivalente es la de “hombre de corazón malo”.

Por el contrario, con la expresión “hombre de gran corazón”, queremos significar a una persona, hombre o mujer, cuyas obras reflejan aquello que simboliza el corazón: amor y vida. Un hombre “de gran corazón” significa alguien que posee un centro vital interior, espiritual, del cual brotan o fluyen obras de vida y de amor. Con la expresión “gran corazón” queremos significar a una persona que tiene buenos afectos: queremos indicar a alguien que, en su interior, en su alma, posee un centro que emana vida y amor –vida y amor no meramente sensible, sino espiritual-, y es este centro interior, espiritual, fuente de vida interior y de amor espiritual, al

que llamamos simbólicamente con el nombre de “corazón”. Un hombre de gran corazón será, por lo tanto, aquel que posee un centro espiritual interior de vida y amor, un centro (acto de ser) del cual fluyen la vida y el amor, y este centro se simboliza con el corazón.

Entonces, resumiendo: Biológicamente, el corazón es centro de la vida y “blanco” del amor del hombre; espiritual y afectivamente, el corazón es símbolo de vida y de amor.

De manera análoga, podemos decir que Dios tiene un “centro” (su Acto de Ser divino) que es fuente de vida y de amor divinos; es decir, también de Dios podemos decir que tiene un Corazón, que es único para el Padre y el Hijo, de donde brota el Espíritu Santo, llamado “prenda”, “don”, “hálito”, “aliento” de Amor. “Lo que es el corazón para el ser sensible, es en Dios la infinita plenitud de amor y de vida.”

Podemos hacer esta afirmación desde el momento en que consideramos que la Eucaristía es Cristo y Cristo es el Hombre-Dios, y de su Corazón, contenido en la Eucaristía, surge y brota “la savia de Vida y Amor divinos, el Espíritu Santo.” Es decir, porque Jesús es Dios Hijo, y porque Él está Presente en la Eucaristía con su Sagrado Corazón, y cómo de su Sagrado Corazón brota la vida y el amor divino, el Espíritu Santo, la Eucaristía es el Corazón de la Iglesia, de donde la Iglesia recibe, del Sagrado Corazón de Jesús, lo que de Él brota como de una fuente inagotable: Vida y Amor divino. En la Eucaristía, el Sagrado Corazón transmite la vida y el amor a su



Cuerpo Místico, la Iglesia, mediante los sacramentos de la Iglesia, que funcionan, así como las arterias que distribuyen la vida y el amor al Cuerpo Místico de la Iglesia, los bautizados.

Al igual que el corazón de un hombre, que le comunica a su cuerpo vida, así también la función de la Eucaristía, del Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús, comunica fuerza de Vida divina, además de alegría y gozo de Vida divina.

Ahora bien, el Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús comunica Vida y amor, pero no una vida y un amor naturales, como la vida que tenemos y el amor humano que conocemos y del que nosotros mismos somos capaces: el Corazón Eucarístico de Jesús nos comunica una Vida y un Amor que son sobrenaturales, porque nos comunica al Espíritu Santo, que es Vida y Amor divinos. Y porque nos comunica al Espíritu Santo, por la comunión eucarística, nos comunica también de su alegría, que no es la alegría humana, que conocemos bien, sino una alegría distinta, sobrenatural, celestial, de origen divino, la alegría misma del Espíritu de Dios. Y por estas mismas razones, el Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús nos prepara, ya desde la tierra, para vivir en la alegría de la eterna bienaventuranza.

Del Corazón de Cristo se derrama sobre su Iglesia, el río de sangre vivificador, como del costado de Adán salió Eva y ese río de Sangre vivificador, porque contiene al Espíritu Santo. El Sagrado Corazón de Jesús contiene al Espíritu Santo, Fuego de Amor Divino, Fuego que es Vida y Amor de Dios, y ésta es la razón por la cual el Sagrado Corazón se le aparece a Santa Margarita envuelto en llamas. Ahora bien, esas llamas, que son símbolo y figura del Amor de Dios que vivifica al Sagrado Corazón, Jesús nos lo da, no en un sentido figurado, o como una mera expresión de deseos, sino que nos lo comunica en la comunión eucarística, de manera tal que el alma dispuesta por la gracia, por la fe y por el amor, al contacto con esas llamas, se ve inflamada en el Fuego del Divino Amor, así como una tabla de madera seca se combustiona al instante al contacto con las llamas abrasadoras de un incendio, o como un hato de hierbas secas se convierte en llamas, al contacto con la mera chispa de un fuego encendido.

Entonces, si en el hombre el corazón transmite vida y es el centro del amor, mucho más lo es, en la Iglesia, el Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús, que transmite la Vida y el Amor divinos, del Espíritu Santo. La Vida divina y eterna, que nos comunica el Sagrado Corazón Eucarístico, nos la comunica a modo de germen, y es la que se desarrollará un día por completo, en la gloria.

Para completar la analogía entre el hombre y su corazón, con la Iglesia y la Eucaristía, consideremos ¿qué sería de la Iglesia sin la Eucaristía? una Iglesia sin vida, sin amor, sin alma; un cadáver, un remedo de Iglesia, pero no la Iglesia Católica, la Iglesia de

Jesucristo. Así como un hombre al que se le ha extirpado el corazón, está muerto, porque se ha convertido en cadáver al no haber un corazón que pueda bombear la sangre a los tejidos, así la Iglesia Católica, si no tuviera la Eucaristía, sería un cuerpo eclesial muerto, un cadáver viviente, que hablaría de Dios, pero que estaría carente del Divino Amor. Sería como un “sepulcro viviente”, tal como la acusación de Jesús a los fariseos, que han olvidado que la esencia de la religión es la misericordia. Sin Eucaristía, sin la vida y el Amor divinos que brotan del Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús, la Iglesia sería sólo un cuerpo sin vida, sin amor, sin caridad, sin misericordia, sin compasión. Una Iglesia llena de fariseos, llena de “sepulcros vivientes”.

A causa del pecado, el corazón del hombre se vuelve “duro” y “fuente de maldades.” Pero “Dios es Amor” y quiere comunicarle su Amor al hombre, y como Él es Amor que se comunica, que se auto-dona a sí mismo, quiere que el hombre le responda de la misma manera, con amor, y eso es lo que está expresado en los Mandamientos. De hecho, el Primer Mandamiento -el más importante de todos, porque el que cumple ese Mandamiento cumple toda la ley- manda amar con un triple amor: a Dios, al prójimo y a uno mismo. Y luego, cuando ese Dios se encarne en Jesucristo, en la Persona del Hijo, dará un “nuevo mandamiento”, que también consiste en amar: “Los unos a los otros, como Él nos ha amado”, es decir, hasta la cruz, y por eso están incluidos, en primer lugar, los enemigos, porque Él nos amó siendo nosotros sus enemigos. Entonces, Dios, que es Amor, ama al hombre, y lo declara en los Mandamientos: quiere que el hombre lo ame, pero



porque Él lo amó primero, desde la eternidad. Dios no quiere otra cosa del hombre que amarlo y ser amado a su vez por el hombre. Pero Dios no se contenta con una simple declaración de amor: Porque ama al hombre, más, mucho más que simplemente declararle su Amor, Dios quiere unir, fusionar, su Corazón, sede de su Amor Divino –el Corazón único del Padre y del Hijo- con el corazón del hombre, para derramar en el hombre todo su Amor.

Dios quiere dar al hombre su Amor; con esta premisa, hay que establecer las diferencias con las que se dona el amor entre los hombres. Entre los seres humanos, aun cuando se trate del amor más puro, como el amor materno, el amor esponsal, el amor fraterno, el amor espiritual, hay un límite a la “transferencia del don del amor”, si podemos llamar así al proceso del enamoramiento y del don del amor mutuo entre los humanos. El don del Amor Divino

se lleva a cabo de una manera análoga a como se da entre los humanos, pero de un modo inconcebiblemente superior.

Para entenderlo un poco más, pensemos en el amor materno, en el amor de una madre por su hijo recién nacido (y en el amor recíproco del hijo a la madre). La madre que ama a su hijo recién nacido, desea “trasfundir su propia vida –y su propio amor- y fundirla en la vida de su hijo y lo manifiesta mediante el beso” que la madre da al hijo; recíprocamente, el hijo, que recibió la vida de su madre, desea hacer lo mismo –trasfundir su vida y su amor a la madre-, y para ello, lo expresa del modo más puro y delicado, el beso que el recién nacido le da a la madre. No hay otra cosa que desee más el corazón materno que infundir, por así decirlo, nuevamente la vida en el fruto de su seno, su hijo, y esto lo expresa, lo hace por medio del beso maternal.

Como dice un autor, “en este acto –el beso materno y el beso del hijo- se verifica la deseada unidad de vida y amor de la manera más perfecta y real, con el transfundirse el aliento de vida y la llama de amor que flamea en el corazón, de un corazón a otro, de un alma a otra alma. En el encuentro y fusión de su aliento de vida y amor –la espiración o suspiro del corazón-, se encuentran y se funden los corazones y las almas formando una misma vida, un solo corazón, un solo espíritu. Entre los esposos que se aman, el simple soplo –suspiro, espiración- por el cual los amantes, lejos aún el uno del otro, manifiestan su amor, ahora se transforma –en el beso- en completa entrega viva; y la entrega, mediante la cual aún personas

distantes pueden pertenecerse, se transforma en compenetración viva, recíproca.”

En efecto, a diferencia de los amantes de la tierra –los esposos que se aman entre sí; una madre que ama a su hijo, el amor entre hermanos-, que no pueden “transfundir” su amor y mucho menos a sí mismos, al amado, aun cuando lo desearan hacerlo, Dios sí puede hacerlo: Dios se dona todo entero, todo a sí mismo, todo su Ser divino trinitario, toda su esencia divina, toda su divina substancia y todo su Amor, al hombre, sin reservarse nada para sí. Es por eso que busca, en el hombre, la reciprocidad en el don de amor que ha hecho al hombre. La novedad en el amor entre Dios y el hombre, entonces, es que Dios, por amor, se dona todo a sí mismo, sin reservas: su Ser trinitario, su esencia, su substancia, que es Amor: “Dios es un piélago de substancia infinita”, dice Santo Tomás de Aquino. Es decir, Dios, cuando ama –y ama al hombre, con amor de predilección, por encima de todas sus creaturas, al punto de encarnarse en una naturaleza humana-, como muestra de este amor, se dona todo a sí mismo, sin dejarse nada para sí. Dice Jesús a Sor Faustina: “Debes saber, hija mía, que me es agradable el ardor de tu corazón (es decir, el “ardor” o “amor” del corazón: a Jesús le agrada el amor del corazón de Santa Faustina) y cómo tú deseas ardientemente unirme a Mí en la santa comunión, así también Yo deseo donarme entero a ti (lo dice el mismo Jesús: en la comunión, Él se nos dona “todo entero”, sin reservas, por eso es que “exige” de nosotros, esa reciprocidad en el amor) y en recompensa de tu celo, descansa junto a Mi Corazón”. Pero a pesar de esta donación, en su totalidad, del Amor trinitario, el hombre no

responde recíprocamente: caído en el pecado original, el hombre busca otros amores, relegando a Dios y dejándolo de lado, reemplazándolo por otros amores. El corazón del hombre está endurecido como una piedra, y de su interior sólo salen cosas malas; en ese estado, es imposible que pueda corresponder al Don del Amor Divino. Pero aún antes de la caída original, antes de que el hombre quede en el estado actual, que es el estado del pecado original, ya el hombre, creado en gracia y en amistad con Dios, prefiere, en el inicio del “misterio de iniquidad”, escuchar a la voz de la Serpiente Antigua, que le ofrece al hombre el espejismo de felicidad que consiste en el amor egoísta de sí, antes que escuchar la Voz de Dios, que por Amor le pedía que permaneciera en su amistad, y es así como se produce la caída original: porque el hombre, antes que responder al Divino Amor, donándose a sí mismo en reciprocidad prefiere, a expensas de la Serpiente, replegarse en el amor egoísta de sí mismo; prefiere adorarse y amarse a sí mismo, cayendo en la tentación luciferina de “ser como dioses”. Pero la única manera en la que el hombre pueda ser “como Dios”, es participando de su gracia y, por la gracia, unirse al Corazón del Redentor, que es el Amor del Padre, Amor único de Dios Trino, actualizado por el Espíritu del Amor Divino, el Espíritu Santo. Sólo así el hombre se vuelve capaz de responder al Amor de Dios, uniéndose a Dios-Amor por la gracia. Al no hacerlo, su corazón, hecho para amar, se endurece ante la falta de amor, se vuelve frío y oscuro como un sepulcro y se vuelve refractario al don del Amor de Dios. El corazón endurecido, vuelto como una piedra como consecuencia del pecado original, sólo alberga oscuridad, ya que en

él no habita la luz de Dios, luz que es Vida y Amor divinos, porque brota del Corazón de Dios.

Es por esto que, para lograr su objetivo, Dios debe Él mismo renovar al corazón del hombre, convirtiéndolo, de corazón de piedra, duro, frío, oscuro, en corazón de carne, un corazón que se vuelve similar al Corazón del Hombre-Dios y que, por lo tanto, se vuelve capaz de ser inhabitado por el Espíritu Santo: “Yo os purificaré. Yo os daré un corazón nuevo, pondré en vosotros un espíritu nuevo: Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne.” Dios se decide a cambiar al corazón humano, a convertirlo, de piedra, en carne, para que sea similar a su Corazón Encarnado y pueda así ser inflamado con el mismo Fuego de Amor Divino que envuelve al Sagrado Corazón. El Corazón de Dios encarnado, un corazón de carne, no puede fusionarse con un corazón de piedra; el corazón del hombre debe volverse de carne, para poder fusionarse con el Corazón de Dios encarnado; sólo así, se fusionarán uno y otro corazón, por medio de las llamas del Divino Amor, que vivifican al Sagrado Corazón de Jesús. Esta fusión sobreviene en la comunión eucarística, en donde el Sagrado Corazón, con el Espíritu Santo que lo santifica, está en Persona y no en figura.

Sin embargo, con nosotros, en la comunión eucarística, hace algo infinitamente más grandioso, algo infinitamente más maravilloso, algo infinitamente más hermoso, que el don que le hace a Santa Margarita: a la santa, sólo le transformó su corazón, un corazón de carne, en una copia semejante a su Sagrado Corazón, esto es, un

corazón envuelto en las llamas del Divino Amor. Jesús le hizo este don, pero el corazón de Santa Margarita seguía siendo su corazón, y el de Jesús, el de Jesús. En la comunión eucarística, Jesús, mucho más que convertir nuestros corazones de piedra en corazones de carne, para que sean habitados por el Espíritu Santo y así se conviertan en una imagen viviente del Sagrado Corazón –lo cual es un don grandísimo-, nos da su propio Sagrado Corazón, el Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús, habitado por la Persona Tercera de la Trinidad, el Espíritu Santo. Debemos repetirlo nuevamente: en la comunión eucarística, nos da su propio Corazón, el Sagrado Corazón; nos da su Corazón de Hombre-Dios, lleno del Espíritu Santo, lleno del Amor Divino, lleno de la Divina Misericordia, para que dispongamos de Él como lo que es, un don personal, individual, hecho a cada uno de nosotros, cuando lo recibimos en la Eucaristía. El alma puede ser realmente -y no en sentido figurado- el amor en el corazón de la Iglesia, porque el sacramento substancial de la Eucaristía es el corazón de la Iglesia. Porque la Eucaristía, que es Cristo resucitado, es a la Iglesia lo que el corazón es en el ser humano, es que el alma, consumiéndola, puede ser transformada por la potente acción del Espíritu de Cristo, Alma de su alma, porque puede por este Espíritu ser asimilada a Cristo y ser transformada en su Cuerpo Místico y siendo el Cuerpo de Cristo puede ser habitada por el mismo Espíritu de Cristo, el Espíritu del Amor divino. El Espíritu de Dios, Presente en el Corazón Eucarístico de Cristo, transformada el alma en el Cuerpo de Cristo y luego la anima y la vivifica con su Vida divina.

ORACIÓN

Gracias Señor, porque en la Última Cena partiste tu Pan y Vino en infinitos trozos, para saciar nuestra hambre y nuestra sed...

Gracias Señor, porque en el Pan y el Vino nos entregas tu vida y nos llenas de tu presencia.

Gracias Señor, porque nos amaste hasta el final, hasta el extremo que se puede amar: Morir por otro, dar la vida por otro.

Gracias Señor, porque quisiste celebrar tu entrega, en torno a una mesa con tus amigos, para que fuesen una comunidad de amor.

Gracias Señor, porque en la eucaristía nos haces UNO contigo, nos unes a tu vida, en la medida en que estamos dispuestos a entregar la nuestra...

Gracias, Señor, porque todo el día puede ser una preparación para celebrar y compartir la Eucaristía...

Gracias, Señor, porque todos los días puedo volver a empezar..., y continuar mi camino de fraternidad con mis hermanos, y mi camino de transformación en ti...

